

JUAN-AGUSTIN PALAZUELO

HOMBRE EN BUSCA DE U

Escribió su primer cuento a los 6 años de edad. Luego de estudiar leyes, filosofía y lenguas clásicas, decidió su destino: ser escritor. Demoró cinco años en corregir "Según el orden del tiempo", la novela que lo presenta como a uno de los más sorprendentes valores de la novísima generación. "El temple vital de nuestra época es la angustia", dice.

Por ORLANDO CABRERA LEYVA

INQUIETO, nervioso, muy nervioso, Juan Agustín Palazuelos fuma un cigarrillo tras otro. A simple vista, un estudiante o un empleado de banco que recién se inicia en la lucha por la vida. Tiene, sin embargo, 26 años y no es estudiante, porque, luego de cursar leyes (2 años) en la U. de Chile, de viajar becado a Estados Unidos y de estudiar filosofía y lenguas clásicas en el Instituto Pedagógico de la "U", decidió su destino: ser escritor. Cuando dio la noticia a sus padres, quienes seguramente querían para él una carrera profesional, la recibieron con alarma y asombro. ¿Escritor? ¿Se puede trabajar de escritor? Juan Agustín es el hijo mayor de una familia de tres varones y una mujer, la última del grupo. Durante cinco años se dedicó a la tarea de justificar su decisión.

—Comencé a escribir "Según el orden del tiempo". No tenía prisa en publicar. Deseaba realizar una novela que fuese un aporte contemporáneo a la literatura chilena. Afortunadamente, hablo francés e inglés y ello me permitió, mientras estuve en Estados Unidos, conocer bastante literatura norteamericana e inglesa contemporánea. Después, ya de regreso al país, entre lecturas de los códigos, me acerqué a Proust, descubrí a James Joyce y a Kafka. Esto me produjo un fuerte impacto, en el sentido de que la literatura de la lengua española no había producido, desde El Quijote para adelante, algo que en prosa fuese realmente un aporte novelístico universal. Me encontré con el problema que, a mi juicio, se debía a que los escritores de habla española eran seguidores del estilo de generaciones anteriores. Sin embargo, en el plano meramente idiomático, llegaban a exquisiteces que daban la oportunidad de una crítica serena acerca del aporte documental de la época, lo más valioso que tiene, en definitiva, la novela. Entonces me di a la tarea de buscar un estilo, en el que el buen decir, el idioma mismo, tuvieran una importancia preponderante, pero que, en ningún momento, empañara lo que quería expresar. Y quedó planteado el problema de forma y fondo. Iba yo a hacer uso de una forma que estaba dispuesto a sacrificar para conseguir la expresión que estimo importante en el plano novelístico: que lo trascendental, la evidencia existencial de un personaje contemporáneo fuesen expresados hasta las últimas consecuencias.

—¿Y estima usted que lo ha logrado?

Juan Agustín Palazuelos medita. Permanece callado por algunos instantes. Luego:

—Sí, creo que lo logré, porque el personaje de mi novela, que no tiene nombre y que es el narrador, vive interiormente una acción proyectada en tres planos: uno inmediato, actual, presente; uno pretérito, que ocurre a través de una reminiscencia y, debido a un estímulo equis y que también pasa a ser presente, apenas aparece en el foco de la conciencia; y un tercero, que es la realidad objetiva y descarnada que en la novela se traduce en la reproducción literal de diálogos. Ninguno de los otros personajes existe por sí mismo. Sus pensamientos, sus problemas, sus anhelos, sólo se conocen a través del narrador central que, evidentemente, puede tener idea de ello a base de una objetividad, porque ésa es la vida de relación con los demás seres humanos.

La soledad, un leitmotiv.— El libro de Palazuelos comienza con un pensamiento de Anaximandro: "De donde viene a los seres su generación, en ello mismo se realiza también su disolución de manera necesaria, pues ellos pagan su expiación y pena de injusticias recíprocamente, según el orden del tiempo." Una sentencia que estruende, que aterra, que sobresalta.

—La soledad duele en su novela, ¿por qué?

—Porque considero que el temple vital de nuestra época es la angustia. Si hubiese que caracterizarla habría que decir: "angustia". Todas las novelas tienen un hilo argumental, desde Homero, por una parte, pasando por todos los trágicos griegos y latinos, y por Shakespeare y Cervantes, hasta los contemporáneos, todas las posibilidades argumentales han sido tratadas. Lo que generalmente se utiliza para hacer una obra literaria es un tema ya tratado, al que se le da una forma diferente. Hay triángulos amorosos, cuartetos, adulterios, matrimonios fe-

lices, etc. Todas estas cosas se han dado ya en la literatura. Lo que en verdad vale la pena es la forma en que se trata un tema. Yo necesitaba un hilo argumental. También me daba cuenta de que nuestra época necesitaba ese mito, puesto que el grueso público ha hecho un mito de la vida de los actores cinematográficos o de teatro, práctica que ha creado una cosmogonía de ídolos. La literatura chilena no había creado un mito. Yo tuve la pretensión de crearlo. Pero, por suerte, la introspección y la autocrítica me mostraron que no iba a conseguirlo. Y me limité a revalidar uno: el de Teseo.

—Se ha dicho que su novela es petulante...

El escritor no se extraña:

—No, no es petulante. Los petulantes son los personajes de los cuales trata la novela. Plantea problemas de música, de pintura, de filosofía, de poesía, todos los cuales afectan a un adolescente universitario. Para poder reiterar una problemática de la angustia, en la cual ese sentimiento que es predominante de nuestra época que resultaría aburridísima, la novela tiene una forma musical, que es la sonata A.B.A.

El escritor y su generación.— Hubo un tiempo en que los escritores de la generación del 50 eclosionaron en una actividad expresada en libros, en polémicas y hasta en roces personales. Juan Agustín Palazuelos opina que existen generaciones biológicas, que tienen en común la edad, en momento histórico que viven, una problemática existencial, lo que haría que cada cierto número de años, gente de la misma edad que se dedica al arte, por razones obvias, comience a expresarse, ya sea por medio de la música, la literatura o la pintura. "Y como el hecho mundial afecta particularmente al artista —dice—, los temas tratados y las formas de tratarlos son más o menos semejantes. Pero el hombre común, el hombre de la calle, el que trabaja, también vive esos momentos y sólo se diferencia con los artistas en que no puede o no quiere expresarlo, en términos estéticos por lo menos. De tal modo que considero que no se trata de generaciones literarias, musicales o

LOS, UN N ESTILO

artísticas en general, sino de generaciones humanas. Plantear este tema de generaciones es crear un abismo entre el público y el artista, quien hace que la obra de arte llegue con dificultad a la gente a la cual debe tocar más profundamente."

Un hombre sin complicaciones.— El autor de "Según el orden del tiempo", es un hombre sencillo, comunicativo, afectuoso. No hay en él poses literarias, ni gestos, ni ademanes. Cuando no está sobre sus papeles, decora vitrinas. Escribe otro libro sobre un tema santiaguino. Sus personajes son los que asisten a los "vernissages" de exposiciones, los que van a los estrenos teatrales y que en los conciertos ocupan las primeras filas o las de preferencia. Una especie de remedo de "La Dolce Vita" que mostró Fellini, pero su novela nada tendrá que ver con "La Dolce Vita"...

—Ya veremos qué resulta. Necesito trabajar mucho. No me importa cuánto demore en escribirla. Yo escribo desde que tenía 6 años y trataré de escribir hasta siempre...

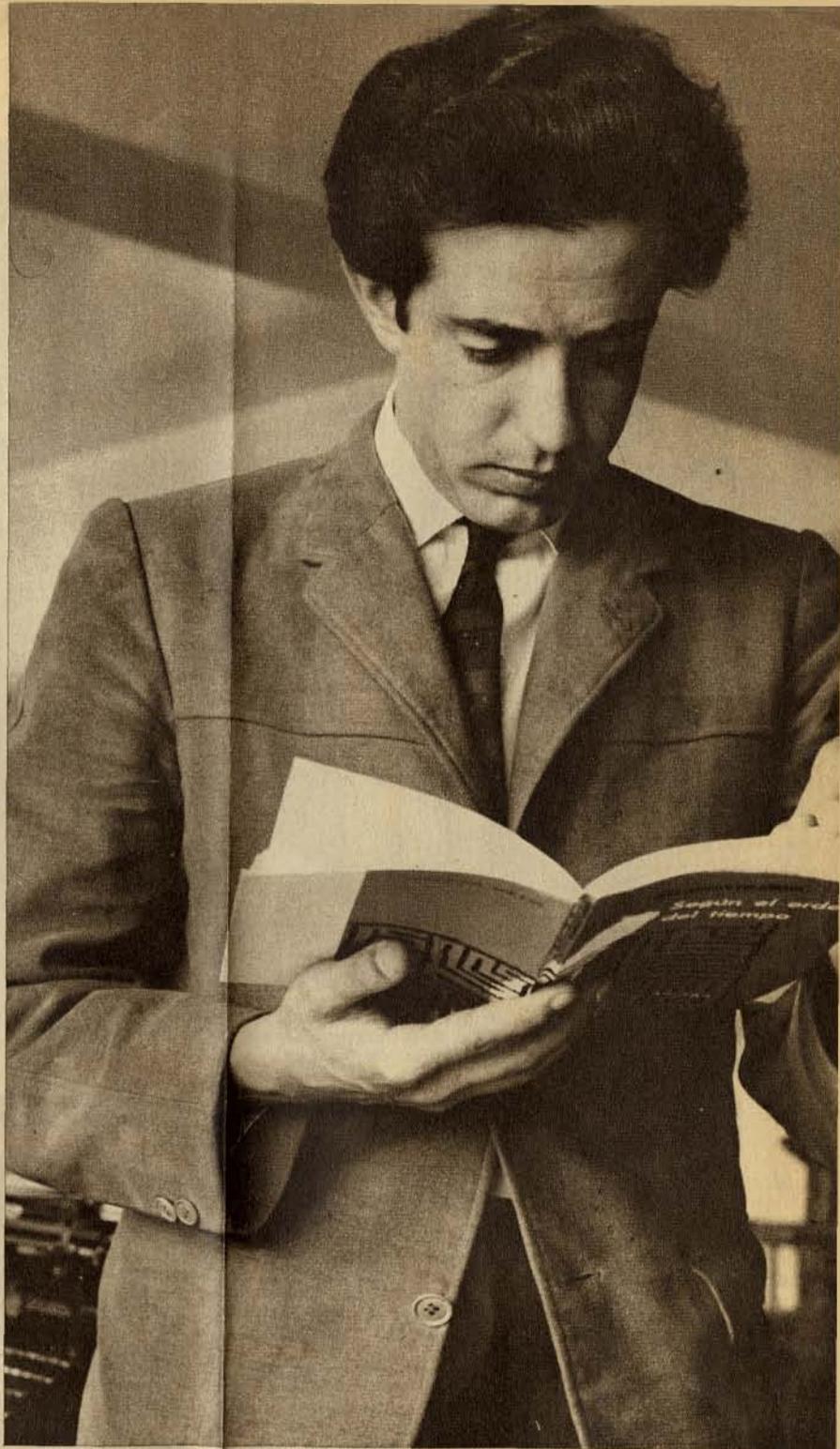
—¿Por qué dice usted que escribe desde que tenía 6 años?

—Sucedió así: me castigaron en casa. Fue ésa la única vez que mis padres cometieron una injusticia conmigo. Por razones totalmente ajenas a la voluntad de ellos, no pude aclarar que se trataba de una injusticia. Me mandaron a la pieza. Entonces pensé escribirles una carta, en la que pretendí explicar mi inocencia. Y la imaginación hizo que ése fuera mi primer cuento, aunque, de todas maneras, no pude explicar en qué consistía la injusticia. La carta no llegó a su destino, pero me di cuenta de que, frente a determinados problemas, para poder resolverlos, tenía que escribir. Desde aquellos lejanos días de mi infancia no he podido dejar de hacerlo.

Un joven que ríe.— Mientras conversamos con Juan-Agustín, nuestro redactor deportivo relata algunos detalles del último match de fútbol. Y quien creara un personaje esotérico, quien describese la soledad con brochazos conmovedoramente tristes en ciertos pasajes, sonríe. Y sonríe como lo hacen todos los jóvenes de su edad, a boca llena, echando hacia afuera un contagioso buen humor. Además, es comunicativo y habla con una locuacidad reveladora de una mente ágil, siempre en ejercicio. Mide y sopesa cada frase. "Hombre de asamblea", pensamos. "Líder estudiantil", lo imaginamos.

—¿Cuál es su sistema de trabajo?

—¿Sistema? Se escribe nada más, cuando se desea escribir. Yo lo hago sin proponerme horarios, sin rígidos autocompromisos. Escribo y corrijo. Si



Juan Agustín Palazuelos (26 años) debuta en la literatura chilena con una novela reveladora de un excepcional talento: "Según el orden del tiempo", que las prensas de la Empresa Editora Zig-Zag, S. A. lanzaron al finalizar 1962.

"Según el orden del tiempo" hubiese aparecido antes estaría lleno de remordimientos. Pero demoré cinco años, cinco años en borrar y agregar, en romper y volver a hacer. Una disciplina dura, pero agradable. Lo que importan son los resultados, porque el lector no se preocupa, ni mucho ni poco, de la forma en que fue realizado el trabajo que tiene ante sus ojos. Lee, lee, y si lo que lee le agrada, el escritor ha logrado su propósito.

Y terminemos como él comienza su novela:

"Tarde roja. De primavera. Pero no es primavera. Es verano.

"No tendría ninguna importancia la estación si no hiciese tanto calor."

El joven escritor enciende su séptimo cigarrillo y se va calle abajo, "la calle con vida propia"